

La autogestión como proposición alternativa

Oscar Waiss

Oscar Waiss. Abogado, escritor y periodista chileno. Autor de varios libros, entre otros: "Nacionalismo y Socialismo en América Latina", "Amanecer en Belgrado", "Los problemas del Socialismo Contemporáneo", "Del Colonialismo a la Revolución", "Chile: Ni Siquiera una Tumba".

Los conflictos que afloran en el seno de los países llamados del "campo socialista" o que, en otros términos, se conoce como aquellos en que impera el "socialismo real", se evidencian cada vez más como un enfrentamiento entre el conjunto de la población trabajadora y los aparatos tecnoburocráticos del Estado.

Los recientes sucesos de Polonia resultan característicos, en la medida que ellos surgen como expresión del ferviente deseo de la clase obrera polaca tendiente a "participar" en la resolución de los grandes problemas nacionales. La burocracia partidaria se ha visto obligada a reconocer el peso de estas aspiraciones y la advertencia, por supuesto, llega mucho más allá de las fronteras del país afectado.

La sociedad autogestionaria, como "alternativa" socialista en la realidad contemporánea, emerge hoy con una fuerza que no había tenido en el pasado. Esto deriva de dos circunstancias principales. a) la convicción de muchos marxistas revolucionarios en el sentido de que es posible evitar las deformaciones burocráticas y, b) el éxito indudable que ha tenido la experiencia yugoslava, sin desconocer las dificultades que se han presentado.

Son cada vez más los teóricos, sociólogos y estudiosos de la ciencia marxista o de las estructuras de la sociedad que se preguntan si el leninismo conduce fatalmente a la dictadura burocrática o si los excesos del "socialismo real" provienen del carácter impuesto por Stalin - con posterioridad a la muerte de Lenin - al primer régimen de dictadura proletaria instaurado en el mundo, con un "estilo" diferente.

En verdad, durante la vida de Lenin la organización partidaria admitió toda clase de críticas y de profundas polémicas, con la participación de los más altos dirigentes. Lenin mismo tuvo plena conciencia, en sus últimos años, de los intentos de un sector burocrático tendientes a impedir la expresión libre de los trabajadores y uno

de sus últimos artículos fue dedicado a este tema, trabajo que fue publicado en Pravda el 4 de marzo de 1923.

En este trabajo sostuvo que "tenemos burócratas, no solamente en nuestras administraciones soviéticas, sino en las organizaciones del partido" y propugnó el fortalecimiento de la Inspección Obrera y Campesina, a fin de ejercer un sistema de control sobre el aparato estatal. "Para ello, dijo Lenin, es necesario que los mejores elementos de nuestro régimen social, a saber: los obreros destacados, primero, y en segundo lugar los elementos verdaderamente instruidos, a quienes deberemos garantizar que no deberán creer nada de palabra y que no dirán nada que sea contrario a su conciencia, estén en condiciones de adquirir conocimiento de las dificultades, cualesquiera que sean, y de no retroceder ante ninguna lucha por alcanzar el objetivo que ellos se hayan fijado con seriedad".

Señaló este artículo de Lenin, quizás el último que escribió - publicado diez meses antes de su muerte -, para demostrar su preocupación por los peligros del desarrollo de una burocracia, no sólo en las oficinas de la administración, "sino en las organizaciones del partido" y su proposición de intensificar el control popular y la participación de los trabajadores en todos los asuntos que interesan al Estado y a la gestión social.

Por otra parte, esta preocupación de Lenin en sus últimos días corresponde a su elaboración conceptual cristalizada en la toma del poder por los soviets de diputados obreros y campesinos. En su *Esbozo del programa del PC (b) de Rusia*, escribió: "En general, la diferencia entre la democracia y el parlamentarismo burgués, por una parte, y la democracia soviética o proletaria, por otra, se reduce a que la primera ha trasladado el centro de gravedad a la proclamación solemne y pomposa de libertades y derechos de toda índole, sin permitir en realidad, precisamente a la mayoría de la población, a los obreros y campesinos, que se sirvan de ellos lo suficiente. Por el contrario, la democracia proletaria y socialista coloca el centro de gravedad no en la proclamación de derechos y libertades de todo el pueblo, sino en que en la práctica se les asegure precisamente a esas masas trabajadoras, que han estado oprimidas y explotadas por el capital, un verdadero acceso a la gestión del Estado".

La historia demostró que, durante el período de Stalin, se abandonaron las concepciones leninistas y se desnaturalizaron las funciones de los soviets, lo que culminó con la aprobación de la constitución del año 1936, que consagró el principio de la autoridad de los órganos centrales. Lo que hoy se pone en duda es si ese proceso

derivó necesariamente de la dictadura proletaria o si hubiera sido posible mantener un equilibrio entre la disciplina partidaria y el control de las bases populares. Porque existe, indudablemente, una contradicción esencial entre la teoría de la extinción final del Estado y el hecho de su reforzamiento constante, lo que se traduce en tentativas de "revisar" el leninismo, por ejemplo, en algunos partidos eurocomunistas.

La concepción autogestionaria yugoslava no fue prevista por Lenin pero entronca en lo medular de su pensamiento; la autogestión surge, en la década del 50, como respuesta socialista a dificultades derivadas de la correlación nueva de fuerzas antagónicas mundiales y de los obstáculos colocados en el normal desenvolvimiento de la economía nacional; la entrega de las empresas de los trabajadores fue un desafío audaz y que debió validarse en la praxis posterior; el éxito del sistema determinó su ulterior gravitación en el pensamiento socialista y revolucionario de nuestra época.

Para abrirse camino, la nueva concepción debió superar los ataques enconados de las élites stalinistas, las interpretaciones superficiales de la ultraizquierda y las falsificaciones de la propaganda capitalista.

Las embestidas fueron especialmente violentas entre los años 1950 y 1955 y sólo se atenuaron después de la visita a Belgrado de Krushev y Bulganin, a mediados de este último año; puede recoger directamente los ecos de las discusiones sostenidas por Krushev con miembros de diversos consejos obreros, cuando visité por primera vez Yugoslavia en septiembre de 1955, durante las cuales el gobernante soviético expresó reiteradamente su desacuerdo con un sistema que consideraba anarquizante.

Una polémica enconada

La experiencia autogestionaria yugoslava fue denunciada duramente desde tres direcciones diferentes:

a) Las posiciones de los partidos comunistas stalinistas acusaron al mariscal Tito y a los comunistas yugoslavos de traición al socialismo y de retorno a las formas económicas y políticas del capitalismo.

De acuerdo a los métodos clásicos de Stalin, se aplicaron a la "herejía" los más crueles epítetos. Cada partido comunista se sumó con sus propios aportes a la campaña

contra el "titoismo" desde el mismo 28 de junio de 1948, en que se hizo pública la resolución del Kominform condenando a la dirección del Partido Comunista de Yugoslavia, la que se intensificó después de la entrega de las empresas a sus trabajadores, el año 1950.

En el partido comunista francés hubo dirigentes, como Jacques Duclos, que dijo en noviembre de 1949: "Hoy día la camarilla de Tito se muestra con su verdadero rostro. Se trata de un nido de espías y de asesinos al servicio del imperialismo". Más aún, el partido francés organizó la "lucha de masas" contra el envío de material militar a Yugoslavia.

Los comunistas chinos, pese a su paulatino distanciamiento de las orientaciones soviéticas, participaron con singular virulencia en los ataques. Los comunistas españoles llegaron al extremo de acusar a los militantes yugoslavos que lucharon heroicamente en la guerra de España de "espías fascistas" al servicio de Franco.

El año 1954 llegó a Chile una misión comercial presidida por Jakob Blasvic, y el diario *El Siglo*, de los comunistas chilenos, le dedicó toda clase de improperios; los socialistas chilenos, que nos contábamos entre los escasos movimientos revolucionarios del mundo que solidarizaban con la actitud de Yugoslavia, tuvimos que defender al visitante en la calle, contra las agresiones conjuntas de los reaccionarios y de los comunistas chilenos.

Las críticas sobre el sistema autogestionario se basaron, primero, en la afirmación de que se trataba de un retorno a la propiedad privada, que existían diferencias exageradas en los ingresos personales y que se reproducían las condiciones de la acumulación capitalista. Posteriormente, la concepción autogestionaria fue presentada como una expresión anárquica que impedía el desarrollo de la planificación económica, lo que no podía conducir sino a un desastre. Hasta el día de hoy, la mayoría de los partidos comunistas elude una definición clara frente al modelo autogestionario y pone en duda su naturaleza socialista y revolucionaria y su entronque con los planteamientos de Marx y Lenin.

b) La ultraizquierda se sumó a los ataques del stalinismo y presentó a los comunistas yugoslavos como elementos "nacionalistas" que habían decidido poner fin al proceso socialista. Con análisis superficiales insistieron especialmente en la distorsión de la escala de salarios y se negaron a considerar que el sistema mismo era capaz de rectificar los errores que hubieran podido cometerse. Caricaturizaron el fenómeno y hablaban de los obreros de las empresas florecientes, que obtenían gran-

des utilidades, mientras los de las empresas pobres se morían de hambre. De aquí al regreso liso y llano al régimen capitalista no había más que un paso.

Sabemos que el régimen yugoslavo adoptó una serie de medidas, tanto en el plano económico como en el constitucional, para poner fin a estas diferencias salariales exageradas y que, manteniendo el principio de que cada organización de trabajadores distribuya el ingreso en un fondo personal y otro de acumulación, se lograron acuerdos generales que demostraron la integración de todos los productores en una visión conjunta de la evolución económica. Pero nada de esto resultó suficiente para esos críticos interesados, que no deseaban ver la realidad sino una ficción que ellos mismos se habían propuesto.

c) Por su parte, la propaganda capitalista mundial se ensañó con un país socialista aislado y trató de probar el "arrepentimiento" de los comunistas "nacionalistas" de Yugoslavia, que no tenían otro camino que el de echarse en brazos del imperialismo norteamericano.

Los gigantescos medios de comunicación de masas, controlados férreamente por el capital monopólico, distribuyeron por el mundo su propia versión de los acontecimientos ocurridos con posterioridad a la resolución del Korninform en 1948.

La incompreensión por el verdadero carácter del proceso se mantiene hasta el día de hoy, y es así como *Le Monde*, uno de los diarios más influyentes del mundo, dice recientemente en su edición del 6 de mayo de 1980, sobre la firma de André Fontaine, "que la autogestión ha sido aplicada con un criterio desigual y resulta difícil formular un juicio de conjunto, en la hora actual, sobre su valor económico". Reconociendo la mayor participación de los trabajadores, el mismo Fontaine jibariza la experiencia diciendo que sirve para ilusionar a quienes "por encima de las fronteras, no han renunciado todavía, pese a todas las decepciones, a soñar con una reconciliación del socialismo y la libertad".

Para el imperialismo, entonces, la autogestión no es otra cosa que una "simulación" socialista, la cual oculta dificultosamente un reconocimiento de múltiples errores económicos y sociales. Por otra parte, son numerosos los políticos burgueses que pretenden implantar el modelo autogestionario en países capitalistas, a fin de ganar el voto popular. Ambos enfoques demuestran una incompreensión absoluta de la verdadera naturaleza de la sociedad autogestionaria, que sólo puede desenvolverse en el marco de la propiedad social.

La razón fundamental de la oposición "dogmática" a la idea autogestionaria debe buscarse en la revalidación del rol activo de los trabajadores en la gestión social, que socava las bases del poder burocrático, por una parte, o de los "líderes" intelectuales, por otra. En la medida que los trabajadores mismos "gestionan" su empresa se vinculan al proceso general de la economía y se capacitan para juzgar los resultados. Las "élites" burocráticas y los dirigentes profesionales se ven en la necesidad de ceder el paso a nuevas promociones, surgidas del desenvolvimiento armónico del conjunto de la nación. Los trabajadores vinculados directamente a la gestión colectiva no se limitan "a creer en las palabras", como decía Lenin, pues adquieren conciencia de las dificultades reales y de las soluciones válidas.

De ahí que la sociedad autogestionaria no resulte grata para la visualización burocrática y que la tarea de desacreditarla sea para tales elementos una garantía de su propia supervivencia.

El verdadero origen de las críticas capitalistas está en la capacidad real del sistema autogestionario para desarrollar la economía socialista resguardando los principios del "humanismo" y permitiendo un "pluralismo" generoso. Se debilita el argumento de la violación de los derechos humanos y se destaca la esencia democrática del socialismo. La concepción autogestionaria es rebatida en función de su convergencia con las tendencias actuales del movimiento socialista, que velan por la iniciativa creadora de las masas.

Autogestión y medio social

A los socialistas que seguimos, desde un comienzo, el desenvolvimiento de la experiencia yugoslava, nos preocupó siempre determinar el encuadre social del sistema; el esclarecimiento resultaba indispensable por la utilización anticientífica y demagógica que muchos políticos burgueses "liberales" solían hacer de la proposición autogestionaria. Por ejemplo, durante el gobierno de Salvador Allende, en Chile, la Democracia Cristiana presentó un proyecto de ley sobre autogestión de las empresas, tratando así de atraerse a la clase obrera. Eduardo Frei en persona viajó en 1972 a Ljubljana, para entrevistarse con Edward Kardelj, que estaba trabajando en el proyecto de reforma constitucional, y presentar así su iniciativa como una proyección de la exitosa experiencia social yugoslava.

Me encontraba, casualmente, también en Ljubljana, entrevistando a Kardelj en un reportaje de varias horas que fue publicado a la vez en el diario *La Nación*, de Santiago de Chile, que entonces yo dirigía, y en varios diarios yugoslavos; además la

entrevista, se publicó en la revista *Cuestiones Actuales del Socialismo*. Debido a esa circunstancia me impuse de que Kardelj comenzó por advertir a Frei que la autogestión no podía aplicarse en el marco de una economía capitalista.

Por supuesto, le formulé la misma pregunta al gran teórico desaparecido. "¿Podría decir algo sobre la autogestión en la sociedad socialista y en la capitalista? ¿Qué importancia tiene la entrega de las empresas a los trabajadores en la sociedad capitalista? ¿Es posible la autogestión en una sociedad que no sea socialista?".

Paso a reproducir una parte de la extensa y precisa respuesta: "De permitirme, en mi contestación yo cambiaría el orden de las preguntas, me dijo Kardelj. Opino que la autogestión es una categoría eminentemente socialista. Por su verdadero contenido socioeconómico la autogestión puede desarrollarse, por lo tanto, solamente sobre el campo de la propiedad social, es decir, sobre las relaciones de propiedad dentro de las cuales los medios de producción, o sea, el capital social, no es propiedad particular del capitalista, ni propiedad privada o colectiva de algunos trabajadores de la empresa, ni tampoco es monopolio de dirección del aparato burocrático y tecnocrático del Estado. Dicho en otros términos, la consecuente afirmación de la autogestión es posible tan sólo en las condiciones de la propiedad social, es decir, cuando los medios de producción y el capital social - tal como lo dice Marx -, pertenecen a todos los que trabajan, o sea, en consecuencia final, a todos los miembros de la sociedad. En las condiciones en que se desarrolla la autogestión no existe, ni puede existir el capitalismo y, viceversa, donde existe la propiedad capitalista privada o el monopolio burocrático o tecnocrático en la gestión de la propiedad social, no puede haber una verdadera autogestión socialista".

Y, más adelante, agregó Kardelj: "En Yugoslavia las fuerzas revolucionarias han nacionalizado, como primera medida, los medios de producción y todo el capital social, pasándolos a la propiedad estatal. La autogestión surgió luego como reacción a las tendencias de identificar la propiedad estatal, o la social, con el monopolio de la burocracia y la tecnocracia... en nuestro país, por lo tanto, la autogestión no surgió para negar el capitalismo, puesto que ha sido eliminado por la revolución, sino para impedir las deformaciones antidemocráticas y burocrático-tecnocráticas en el desarrollo de las mismas relaciones socialistas...".

La autogestión propuesta en el encuadre capitalista, como acaba de intentarse en Francia, no modifica las condiciones del sistema imperante y las relaciones de propiedad correspondientes; aunque se trate de iniciativas "progresistas" ellas no irían más allá de un cooperativismo clásico y regresarían en un plazo mayor o menor a

las formas tradicionales de la propiedad burguesa. Precisamente la fuerza del proyecto de sociedad autogestionaria deriva de su esencia socialista y su atracción sobre los movimientos de avanzada contemporáneos consiste en que ofrece una prolongación coherente a la simple toma del poder por los trabajadores, eludiendo las deformaciones antidemocráticas y burocrático-tecnocráticas", según las experiencias de Kardelj.

Debe tenerse en cuenta que la sociedad autogestionaria yugoslava es una tentativa pionera, prácticamente desconocida en la historia, por lo que sería idealismo puro pensar en su desenvolvimiento sin tropiezos. En la entrevista señalada, Kardelj me expresó, textualmente, que "en el desarrollo de la autogestión nuestra sociedad lucha con grandes dificultades y hasta entra en serios conflictos. Pero ahí hay que tener presente dos hechos. Primero, la Yugoslavia socialista y autogestora es de reciente creación, por lo que los restos ideológicos, económicos y políticos de la vieja sociedad, así como del conservantismo burocrático-tecnocrático antiautogestor, son todavía fuertes... Segundo, nosotros, en el desarrollo del sistema de autogestión - tanto en las relaciones de producción y en la organización de algunas empresas, tanto en la integración autogestora del trabajo social asociado en su totalidad y de la economía social como tal - abrimos, en realidad, nuevos caminos. De todo ello existen pocas, muy pocas, experiencias históricas. No hay que extrañarse, por lo tanto, porque en nuestro país existen fracasos, y no tan sólo éxitos..."

Las relaciones del sistema de autogestión son, por su naturaleza, complejas y no pueden resolverse mágicamente por el hecho de que los consejos obreros deciden en los problemas que se le presentan a la empresa. Pero esa participación directa de los trabajadores contiene elementos de un funcionamiento democrático capaz de enfrentarse a las inevitables desviaciones burocráticas y estimula los aportes creadores de la mayoría del pueblo. La comprobación de estos hechos ha servido para mostrar a muchos trabajadores de otros países un camino diferente al tomado por sociedades en que la dictadura del proletariado ha sido ejercida por una reducida cúspide "en representación" del proletariado, sin que la masa trabajadora haya tenido la oportunidad de ratificar o rectificar los rumbos emprendidos.

Seguramente por ello la idea autogestionaria ha estado presente en algunos episodios sociales contemporáneos, que han tenido por teatro a naciones donde impera el llamado "socialismo real". La alternativa autogestionaria no podrá, ya, ser acallada o postergada y ello ocurrirá en la medida misma que la información se amplíe debido al progreso tecnológico de las comunicaciones. Los trabajadores no se resignan a ser "objeto" de la historia, sino que presionan para convertirse en "sujetos" de

un desenvolvimiento socialista armonioso, en que se conjuguen los requerimientos de la economía con la participación activa del hombre. En alguna forma deberán resolverse en el futuro inmediato las contradicciones entre la dictadura de clase y la libertad personal. De la solución dialéctica de esta oposición depende la suerte de la humanidad en este tiempo nuclear. La elevación de la verdadera democracia a categoría insoslayable ofrecerá al movimiento socialista mundial un instrumento valioso para enfrentarse al sistema transnacional de poder que niega, por razones y en forma diferente, el derecho de los hombres a decidir sobre su destino.

El humanismo socialista y el pluralismo ideológico son consustanciales con un régimen en que el hombre quede liberado de la explotación capitalista y el Estado mismo tiende a transformarse de instrumento represivo en coordinador de la actividad social.

Rejuvenecer la ideología

Uno de los daños mayores que el stalinismo y, en general, el dogmatismo, han inferido al fortalecimiento de las posiciones revolucionarias de los trabajadores en el mundo, consiste en la sequedad de sus fórmulas y consignas que se limitan a repetir incansablemente, con las mismas palabras, similares soluciones aplicables a realidades distintas y en condiciones desiguales. Cuando los estrategas máximos resuelven hacer un viraje - generalmente impuesto por requerimientos pragmáticos - imponen otras fórmulas y nuevas consignas, que son también reiteradas mecánicamente, lo que en ocasiones deja en evidencia enormes absurdos y visibles contradicciones, que nadie se encarga de explicar a las masas desorientadas y confundidas.

Las tentativas actuales de superar el modelo "leninista" de organización y de exégesis marxista no corresponden, en realidad, a una justa interpretación del pensamiento de Lenin. Es verdad que han pasado sesenta años desde que él culminara su tarea teórica y práctica y que muchas cosas han cambiado en el mundo, tanto en lo que se refiere a la correlación de fuerzas entre las naciones como en lo que dice relación con las modificaciones cuantitativas y cualitativas de las clases sociales en el interior de las naciones. Pero también es verdad que se le imputan a Lenin concepciones que jamás tuvo y que encuentran su primera manifestación en el discurso pronunciado por Stalin en los funerales del indiscutible líder de la revolución soviética.

Concretamente, en sus últimos años Lenin se preocupó especialmente del curso ulterior de la revolución mundial y se preparaba a profundizar sus conceptos sobre los plazos y las perspectivas de la lucha en el plano internacional. En el 4 Congreso de la Internacional Comunista (noviembre de 1922), y refiriéndose al acuerdo del congreso anterior sobre la estructura, los métodos y la acción de los partidos comunistas, expresó: "La resolución es magnífica, pero es rusa hasta la médula, está basada en las condiciones rusas. Tengo la convicción de que hemos cometido un gran error con esta resolución, que nosotros mismos hemos levantado una barrera en el camino de nuestro éxito ulterior". Y es curioso que en este mismo congreso Lenin recomendara a los comunistas extranjeros innovar y no estancarse en limitaciones estériles: "Opino, les dije, que lo más importante para nosotros, tanto para los rusos como para los camaradas extranjeros, después de cinco años de revolución rusa, es estudiar".

Resulta, entonces, relativamente injusto atribuirle a Lenin una especie de anquilosamiento doctrinario que tiene sus raíces, sin lugar a dudas, en el período posterior a su muerte. Pero, en todo caso, lo que hoy le interesa al movimiento obrero mundial es adaptarse a la nueva realidad contemporánea y encontrar los caminos hacia la sociedad futura en el cuerpo vivo de la lucha social. En este sentido, la idea autogestionaria constituye un aporte fresco y dinámico que es una realidad en Yugoslavia y que ha pasado a ser una "proposición" alternativa en otras partes.

Los debates que hoy se prosiguen en el seno de los partidos socialistas europeos, en las tendencias llamadas eurocomunistas y aún en el interior de los partidos rectores en el "socialismo real", obedecen a la urgente necesidad de rejuvenecer la ideología impidiendo que se acreciente el conformismo de la masa obrera. Baste como ejemplo señalar que el proletariado alemán, vanguardia del movimiento revolucionario europeo en tiempos de Lenin, hoy no es otra cosa que la clientela electoral del Partido Social Demócrata, firme sostén del régimen capitalista.

Así mismo, las proposiciones de suprimir fórmulas como la "dictadura del proletariado", no reflejan tanto una preocupación puramente semántica, como el deseo de conferir al concepto de democracia un valor más relevante.

La discusión sobre numerosas categorías del pensamiento revolucionario se ha reabierto, y ello no puede interpretarse como simple "revisiónismo" - aunque de todo hay en la viña del señor...sino que corresponde a inquietudes muy hondas de los pueblos que enfrentan las complejidades del mundo contemporáneo. No es casual que en los cuestionamientos actuales predominen problemas como el de la buro-

cracia, el humanismo, el pluralismo y otros que implican el anhelo de "participación" de capas cada vez mayores de obreros e intelectuales, no sólo en la "gestión" social, sino que en la búsqueda de los caminos hacia el socialismo. Ello abarca a los obreros de los países capitalistas avanzados, de los países capitalistas menos desarrollados, a los pueblos de los países coloniales y dependientes, a las vastas capas sociales oprimidas y, también, a los trabajadores de aquellos países en que ha sido abolida la propiedad privada sin una debida correspondencia en el plano político y social.

Precisamente, de esta situación objetiva proviene el renovado interés que muchos partidos de izquierda y movimientos revolucionarios muestran por la experiencia autogestionaria yugoslava, en cuanto ella se revela, potencialmente, como voluntad antiburocrática. Esencialmente, de lo que se trata es de reestablecer la relación entre el sistema económico y el sistema político, tal como se insinuó en los tiempos de la Comuna de París y como se presentó en los primeros años del régimen de los soviets, durante la vida de Lenin. Las organizaciones de base del trabajo asociado, en el sistema autogestionario yugoslavo, al elegir sus delegados por voto secreto, representan una nueva versión de aquel impulso inicial y ofrecen la posibilidad de superar las limitaciones de una interpretación puramente administrativa de las urgencias sociales.

En la conferencia dictada por Stane Dolanc, el 4 de noviembre de 1978, a la Escuela Central del Partido Comunista francés, dijo: "Lo fundamental es que en las asambleas de delegados los intereses de los trabajadores sean expresados y defendidos directamente por esos representantes que, aún siendo delegados, siguen trabajando en sus puestos de costumbre y no se transforman en representantes políticos profesionales. En esas condiciones, la base real del sistema político está constituida por los trabajadores, los productores asociados en sus organizaciones de trabajo, y no más por 'ciudadanos políticos abstractos' (Marx), de los cuales se sabe que existe el riesgo de que en cualquier momento puedan ser manejados por los que detentan el poder en la sociedad".

Nadie ha propuesto, ni mucho menos los comunistas yugoslavos, presentar su experiencia autogestionaria como una nueva "receta" infalible para los movimientos socialistas y revolucionarios del resto del mundo. Pero toda experiencia debe dejarnos enseñanzas y la autogestión refleja el anhelo de las masas trabajadoras que desean implantar una democracia nueva por encima de las coacciones meramente burocráticas. La autogestión responde al mismo impulso histórico que encarnaron los comuneros franceses y los soviets de la Rusia de 1917. Evitar el callejón de la des-

viación Stalinista - que no tiene salida - es la gran tarea de los trabajadores y de los comunistas yugoslavos.

Participación, autogestión y lucha de clases

Es sabido que Marx vio en la Comuna de París una tentativa de "conquistar la democracia" pero no la tradicional apariencia tan grata a los círculos burgueses o reaccionarios, sino un sistema concreto de representación de las mayorías.

Por otra parte, los usuales esquemas sobre la generalización del movimiento de los soviets, durante la revolución de febrero de 1917 en Rusia, no corresponden exactamente a la realidad.

En la Comuna de París los lineamientos se presentan más sencillos, por lo reducido del espacio en que se desenvuelven los acontecimientos. Pero en la revolución rusa las complejidades son mayores y la lucha no se sostuvo únicamente sobre la base de los soviets, o sea de los consejos de obreros y de campesinos como nuevo fenómeno social (aunque ya se conocieron en 1905) sino sobre otras tres formas de organización de los trabajadores.

Surgieron, junto a los soviets, consejos de fábricas organizados con la aprobación del gobierno provisional y en 1917 tuvo lugar una conferencia panrusa de consejos de servicios. Irrumpieron los sindicatos propiamente tales, que trataron de federarse de acuerdo a todas las ramas de la industria. Y, finalmente, estaban los partidos políticos de todos los matices ejerciendo su influencia ideológica en el seno de los soviets, de los comités de fábrica y de los sindicatos.

La mayoría del comité ejecutivo del soviet de Petrogrado, compuesto por socialistas de diferentes matices, y con preminencia de elementos intelectuales, decidió el día que se retiró el zar entregar el poder al gobierno provisional, formado por políticos de la vieja Duma y contentarse con el rol de "órgano de control de la democracia revolucionaria".

Fue Lenin, al regresar del exilio, quien impuso un programa verdaderamente revolucionario, expuesto en las llamadas Tesis de Abril y en su libro *El Estado y la Revolución*, uniendo así el pensamiento de Marx - en 1871 - sobre la Comuna, en que planteó la conquista del poder político por el proletariado, con su idea de que los soviets debían evolucionar de órganos de control a órganos de poder.

Lenin necesitaba la fuerza de los soviets como centros de agitación para reforzar el papel del partido, cuyo desarrollo político estaba relativamente en retraso, a fin de destruir la autoridad del gobierno central e instaurar una dictadura proletaria; pero fue la vida misma la que solucionó la contradicción, aún pasando por encima de la oposición interna bolchevique representada por Kamenev y Zinoviev, a través de los acontecimientos de octubre, que consagraron la victoria leninista.

Fue ya en ese tiempo, y debido seguramente a lo imprevisto de los acuerdos que se precipitaron, cuando surgió una cierta disparidad entre los principios ideológicos y los aspectos orgánicos. No es casual que viejos bolcheviques, como el dirigente sindical Lozovski, hayan creído necesario mostrar sus aprensiones. "Yo no puedo, dijo, disimular el oscuro descontento de las masas que luchan por el poder de los soviets y, mientras tanto, descubren que 'esto es un puro poder bolchevique'... lo que nos aparta de ser un partido marxista de la clase obrera".

Esa disparidad se haría mucho más evidente con posterioridad, tanto por el rumbo orgánico impuesto por Stalin como por el desarrollo ideológico del partido y llegaría, en nuestro tiempo, a evidenciar la sustitución, en varios países de régimen socialista, del poder obrero por el dominio de los funcionarios del partido. Y tampoco puede desconocerse que, en la concepción de Lenin, la confusión entre partido obrero y Estado proletario permitía esta desviación ulterior. Lenin mismo lo previó, en sus últimos años, y comprendió los peligros de esta "disonancia", pero careció del tiempo indispensable para concretar rectificaciones.

Aún aceptando que Lenin fue impreciso en sus definiciones orgánicas y al señalar las relaciones entre partido y Estado, no le pueden ser imputables las deformaciones o desviaciones "burocráticas-tecnocráticas" que siguieron a su muerte, ni el curso orgánico antidemocrático característico del stalinismo. La búsqueda de métodos que aseguren la participación real de la clase obrera en las orientaciones generales y en la praxis sistemática es, en su esencia, auténticamente leninista y, en último término, constituye la aplicación más estricta de la dialéctica marxista.

Ninguna revolución auténtica es estática y busca constantemente los estilos de organización y las soluciones políticas necesarias para consolidar las conquistas económicas y sociales alcanzadas. Esto conduce al análisis de las formas adecuadas de representación política y al examen de las diferencias entre la representación política burguesa y la representación política bajo las condiciones del socialismo. Por eso resulta explicable la inquietud manifestada por Lozovski en cuanto a que las masas se desengañen al constatar que no han accedido al poder como clase, sino "a

través" de grupos representativos limitados que no pueden ser removidos por la voluntad democrática de las mayorías.

Lenin mismo lo indicó en *El Estado y La Revolución* (capítulo II), cuando señaló como los dos "parásitos" más dañinos adheridos al cuerpo de la sociedad burguesa a la "burocracia y al ejército permanente". Estos parásitos, según él, "engendrados por las contradicciones internas que dividen a esta sociedad, pero precisamente parásitos que obstruyen los poros vitales". La misma reflexión vale para la burocracia en una sociedad socialista, que actúa fatalmente como un organismo parasitario y que impide la expresión democrática de los trabajadores, sustituyéndola por la arbitrariedad de los funcionarios. La dinámica revolucionaria se enreda en la maraña administrativa. El poder de los soviets degenera en el control absoluto aplicado verticalmente, de arriba hacia abajo. Los que está muy lejos de la definición dada por Lenin en el sentido de que "los soviets son la organización directa de las masas explotadas que, de todos los modos posibles, facilita a esas masas que ellas mismas ordenen el Estado y lo gestionen".

La autogestión fue concebida como una armonización entre la dictadura de clase y el ejercicio real de la democracia por el pueblo. Lenin expresó muy claramente en *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* las limitaciones de la democracia burguesa: "Por tanto, sólo un reaccionario, enemigo de la clase obrera, lacayo de la burguesía, puede dedicarse ahora a pintar los encantos de la democracia burguesa y a cotorrear acerca de la democracia pura, vuelto hacia un pasado ya caduco. La democracia burguesa fue progresista en comparación a la Edad Media, y había que utilizarla. Pero ahora es insuficiente para la clase obrera. Ahora no hay que mirar hacia atrás, sino hacia adelante. Hay que ir a la sustitución de la democracia burguesa por la proletaria".

No se trata, entonces, de "regresar" a las formas tradicionales de la democracia parlamentaria, sino de "avanzar" hacia un sistema democrático más amplio, más representativo y más directo, en el sentido que lo intentaron los comuneros franceses y los soviets rusos. Uno de los problemas actuales en el campo de la ideología consiste en la definición y aplicación de la verdadera democracia. El compañero Veljko Vlahovic, que se preocupó especialmente de estos aspectos teóricos, lo expresó claramente durante una conferencia dictada a los socialistas belgas: "A nosotros, los yugoslavos - dijo -, se nos critica por caracterizar el proceso de nuestro desarrollo como lucha por el desarrollo de la democracia socialista. Quienes hacen tales objeciones parten de las posiciones de que no existe el socialismo sin la democracia. Partiendo de esta premisa exacta, verdadera, a menudo se olvida todo el proceso

que debe atravesarse al pasar de un sistema social a otro y se olvida la mayor manifestación de este proceso: el cambio de la base económica de la vieja sociedad, sobre la cual se construyen las nuevas relaciones entre los hombres. También con el desarrollo de nuevas relaciones en el socialismo, la democracia erigida sobre esta base económica adquiere nuevas cualidades que corresponden plenamente a la denominación de democracia socialista como poder de la clase obrera".

La sociedad autogestionaria responde, precisamente, a la idea de otorgar a los trabajadores una participación directa en la gestión social, de manera que determinen la democratización progresiva del régimen y lo conviertan en una "opción" concreta para los movimientos socialistas de todo el mundo. Más que la idealización del principio autogestionario, interesa constatar su rol en el desenvolvimiento de la sociedad yugoslava, para crear por lo menos una alternativa válida a las desviaciones burocráticas. Todo ello sin olvidar, por supuesto, que toda forma social corresponde a una realidad objetiva característica y no puede ser trasplantada mecánicamente a otro medio.

Observaciones sobre la representación política

Las revoluciones democrático-burguesas levantaron el principio de la igualdad jurídica "formal" para todos los hombres, pero consagraron, a la vez, las desigualdades económicas derivadas del sistema de la propiedad privada y de la explotación del trabajo ajeno. Marx comprendió que la representación política clásica, en esas condiciones, es una forma de alienación y una expresión de sometimiento del trabajo al capital, así como también expresión de la esencia clasista y de las contradicciones de las relaciones capitalistas de producción.

En un trabajo de Iván Lovric, titulado "Crítica marxista de la representación política burguesa", publicado en la edición N° 1 del año 1977 de la revista *Cuestiones Actuales del Socialismo*, subraya que "la alienación política del hombre es consecuencia de su alienación económica" y agrega que "por eso, Marx señala que los representantes en la sociedad burguesa son representantes de una sociedad alienada, porque todo el poder económico y político está centrado en manos de los propietarios de los medios de producción... esto significa que la emancipación económica es el factor limitativo de la emancipación política o, mejor dicho, que la posición subordinada del hombre en la producción material determina necesariamente su posición en la esfera pública y política".

Esta posición la definió cáusticamente Lenin al sostener que "resolver una vez en varios años cuál de los miembros de la clase gobernante acometerá y pisoteará al pueblo en el parlamento es la verdadera esencia del parlamentarismo burgués, no sólo en las monarquías parlamentario-constitucionales, sino también en las repúblicas más democráticas".

El curso histórico ha modificado, sin embargo, estas categóricas apreciaciones y le ha conferido a la democracia tradicional una dimensión distinta a la que prevalecía en tiempos de Marx y Lenin. El mundo de hoy no es el coto de caza de los imperialistas, sino el escenario de una lucha titánica entre dos sistemas económico-sociales antagónicos. La correlación de fuerzas en el plano mundial se ha modificado y esa situación se refleja invariablemente en la lucha de clases de cada país capitalista. Hoy resulta posible, y hasta probable, que las fuerzas políticas obreras y populares se impongan en una elección democrático-burguesa y planteen condiciones determinantes de cambios estructurales básicos. De hecho, este fue el caso de Chile, entre los años 1970 y 1973 y podría ser el de Francia, de Italia o el de otros países.

Sin pretender introducirme en el problema de las vías para conquistar el poder, debo señalar que las perspectivas de la democracia burguesa se han ampliado y que es preciso estudiar a fondo las consecuencias de este fenómeno contemporáneo. Ello interesa tanto más cuanto que el fascismo clásico (Mussolini-Hitler) y sus derivados neofascistas o filofascistas posteriores, por un lado, y los excesos del stalinismo, por el otro, confieren hoy al término "dictadura" también una dimensión diferente a la imperante en tiempos de Marx y de Lenin. Para los trabajadores de todo el mundo, tanto en los países capitalistas como en los países socialistas, los anhelos por gozar de auténticas libertades democráticas constituyen una motivación determinante de su conciencia social. La clase obrera actual no mira con indiferencia los retrocesos o los progresos en el plano de la democracia concreta ni puede ser engañada con consignismos ajenos a su propia experiencia colectiva.

De ahí la gravedad que encierra la sustitución de la auténtica democracia socialista por el dominio de una casta burocrática, ya que ello debilita la confianza de las masas en la significación de una nueva sociedad. Si la idea autogestionaria ha cobrado hoy un relieve impresionante, es en función del descontento generado por los abusos del poder burocrático en la órbita de lo que se suele llamar el "socialismo real". La "descentralización" de la economía, que va implícita en su autogestión, es una tentativa de democratización en la medida que evita los controles absolutos que pasan fatalmente del plano puramente económico - aún con el pretexto de la plani-

ficación - al plano político, cultural, de la vida cotidiana y aún de la reflexión puramente privada.

La representación política en la sociedad autogestionaria fortalece la fuerza social de la clase obrera sin frenar el crecimiento económico, evita en gran medida la profesionalización de los representantes y permite la remoción de ellos en conformidad a las decisiones de las bases representadas.

La sociedad contemporánea ha gestado tendencias totalitarias inseparables de la concentración del poder económico y ellas se manifiestan, no sólo en el terreno del mundo capitalista a través del actual predominio de los consorcios monopólicos mundiales, sino que también en los ámbitos del mundo socialista, merced a la eliminación del control popular. Fortalecer, entonces, en los países socialistas la influencia social de la clase obrera, no es un problema de segundo orden, sino la condición indispensable para que, en el duelo final entre los dos sistemas económico sociales antagónicos, termine imponiéndose el orden socialista sobre la vieja sociedad declinante.

Ya sea por un análisis correcto, o por un instinto histórico que se inserta en la conciencia de la clase, los trabajadores exigen hoy una representación política legítima, como herramienta de progreso social, y ese anhelo no puede ser escamoteado mediante consignas formales. La cuestión de la democracia, entendida como derecho a la expresión plural de opiniones y críticas, o sea, como "participación" real en las soluciones y en las orientaciones, cobra en nuestros días una proporción tanto mayor cuanto más ha madurado la conciencia de las masas. Tal vez la sociedad autogestionaria no sea la respuesta "única" a tales aspiraciones y es posible que aparezcan otras modalidades democráticas, en un medio distinto y bajo condiciones diferentes, pero el hecho de que la autogestión se haya experimentado por tres decenios en la realidad yugoslava hace de este modelo un estimulante llamado a la observación y al estudio.

Racionalidad e irracionalidad del mundo actual

En nuestro tiempo no se puede analizar el proceso histórico en segmentos o retazos independientes los unos de los otros, sino que es preciso enfocarlo como una unidad; la creación del mercado mundial sentó las bases materiales de una interdependencia que suele borrar las fronteras geográficas; y eso explica que la oposición fundamental entre las fuerzas que avanzan hacia el socialismo y los sectores socia-

les que se nutren de la acumulación capitalista tenga como escenario a todo el planeta.

El imperialismo de nuestros días no es idéntico al que conociera y analizara Lenin. El fenómeno conocido como "corporaciones transnacionales" ha sobrepasado el poder de los Estados imperiales. A comienzos de la década del 70 las transnacionales controlaban el 90% de las inversiones, la tercera parte del producto nacional bruto de los países capitalistas y la mitad de su comercio exterior. Esta situación hizo soñar al historiador burgués Toynbee "con una nueva Pax Romana, basada en el entrelazamiento internacional de los capitales".

Así como la clase obrera, en escala mundial, busca una institucionalidad socialista que asegure su libre desenvolvimiento histórico, la incesante acumulación del capital en el centro del sistema capitalista determina un proceso de concentración y centralización, tanto económico como político, que se consolida merced a la explotación gigantesco de la clase obrera y de los pueblos débiles ubicados en la periferia.

Organismos internacionales, como la UNCTAD, se han preocupado del efecto distorsionante que ejercen las corporaciones transnacionales por su poder dominante en el mercado y que derivan inevitablemente en un abuso de poder. "Esto es posible, dice un informe del año 1977, a cuenta del poder oligopólico y monopólico ejercido por las empresas transnacionales respecto de la producción y distribución de determinados bienes y servicios. Las transnacionales ejercen frecuentemente ese poder, no sólo en los mercados locales de los países desarrollados o en desarrollo, sino en el mercado mundial. Aún más, los abusos de su posición dominante en los precios de transferencia para el intercambio intra-firma pueden reflejarse en los precios que se cobran, subsiguientemente, a terceros por parte de la unidad de ventas de la empresa, y ocurren tanto respecto a los precios de los productos que se venden sin transformación posterior, como de aquellos que requieren mayor procesamiento utilizando insumos previstos sobre la base del comercio intra-firma. Los abusos de una posición dominante que se derivan de la manipulación de los precios de transferencia, pueden tener, en consecuencia, un efecto adverso en las estructuras industriales y de mercado y en la balanza de pagos de los países de origen o receptores en los que operan las empresas transnacionales."

Gracias al control de los grandes medios de comunicación de masas, las transnacionales pretenden presentarse ante los pueblos como instrumentos de progreso; sostienen que son una fuente de capital y tecnología para el desarrollo y que su inter-

vención tiende a convertirse en el único medio real para superar el atraso. Pero, paralelamente, y a fin de asegurarse las fuentes de materias primas y la posibilidad de contar con la superexplotación de la mano de obra, levantan y sostienen regímenes dictatoriales y totalitarios que eliminan toda participación popular y excluyen toda expresión democrática.

En el duelo mundial entre capitalismo y socialismo subyace la oposición entre dictadura y democracia, por lo que no resulta subalterno eliminar en la práctica del socialismo todo vestigio de arbitrariedad totalitaria. Aunque todo Estado represente siempre el dominio de una clase sobre otra, la perspectiva histórica confiere a cada sistema connotaciones distintas y opuestas. Si un régimen socialista destruye la iniciativa creadora de las masas mediante un ordenamiento burocrático que elimina la participación de las mayorías contribuye, directa o indirectamente, a reforzar las tendencias antidemocráticas que, en su esencia, caracterizan al sistema transnacional de poder, fase actual de la dominación imperialista.

Tras la apariencia de progresos materiales y tecnológicos, los consorcios monopólicos transnacionales imponen la explotación irracional de los recursos y del material humano; para conseguirlo deben arrancar de raíces el árbol de la democracia, o sea, deben aplastar por la fuerza y mediante métodos de terror todas las tentativas de la clase obrera y de los pueblos dependientes para alzarse hacia formas de vida soportables. Denunciar ese fraude es una de las tareas del movimiento revolucionario y socialista.

Con el pretexto de conservar las conquistas revolucionarias, sectores burocráticos del mundo socialista impiden la intervención y el control de la clase obrera en el desenvolvimiento colectivo. Proyectada hacia la realidad de la política contingente, en los países capitalistas avanzados, resulta imposible sumar al combate mundial contra el capitalismo a los obreros de ellos que han conseguido garantías y conquistas cuya defensa se les presenta unida a la conservación de las libertades democráticas, a la independencia de sus sindicatos y a su influencia social. En otro plano, las luchas de liberación nacional y la actitud de las capas medias en los países menos desarrollados se determinan, en gran medida, por la perspectiva de una auténtica liberación, o sea, de una intervención activa y directa de las masas en las decisiones económicas, políticas, sociales y culturales.

Para eludir la participación real de los trabajadores, en particular, y de los pueblos, en general, no se puede recurrir al malabarismo de presentar como la quintaesencia de la democracia sistemas en que sólo resuelven las élites que se reproducen

constantemente a través de la cooptación. Una democracia socialista debe basarse en el sufragio secreto, en la expresión libre, en la remoción de los delegados por las bases, en la no profesionalización política de los representantes elegidos. Comprendiendo este principio se pone el acento en un factor determinante para la movilización de las masas y se crean condiciones reales de convergencia y unidad en este tiempo de duelo a muerte entre los dos sistemas.

La evolución política, tanto en los países capitalistas como en los países socialistas, ha desbordado las viejas y sacramentales consignas sobre la democracia. En el mundo capitalista, el crecimiento de la clase obrera y de las fuerzas populares, la conciencia cada vez más madura de las masas trabajadoras y las nuevas condiciones derivadas de la confrontación mundial, hacen de la alternativa democrática un hecho histórico que sobrepasa las limitaciones del parlamentarismo burgués. En el mundo socialista el acceso del pueblo a una más amplia información y el profundo anhelo de participar en las orientaciones generales, debilitan las bases de sustentación de la burocracia y abren las ventanas al frescor vivificante de las alternativas democráticas.

No pretendemos olvidar algunas leyes generales del socialismo, como los conceptos básicos de la naturaleza del Estado y los rigores inevitables de la lucha de clases. Sólo tratamos de mirar la realidad contemporánea sin anteojeras, de frente, tratando de penetrar en sus complejidades y su dinámica. Así, por lo menos, nos sacudimos de algunos dogmas trasnochados y nos libramos de viejos esquemas que la vida ha ido superando.